
**Razonar para transformar: Filosofía y pensamiento crítico en la
educación superior**

*Reasoning to Transform: Philosophy and Critical Thinking in Higher
Education*

Recibido: 15-05-2025

Aprobado: 24-10-2025

José Rodolfo Cambronero Alpízar
Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica
jose.cambroneroalpizar@ucr.ac.cr
[ORCID: 0000-0002-0840-1883](https://orcid.org/0000-0002-0840-1883)



Resumen

Este artículo busca contribuir a la discusión sobre el papel de la educación superior y, en particular, de la filosofía en la formación del pensamiento crítico del estudiantado universitario. Esto, mediante una revisión crítica de las oportunidades que ofrece dicha disciplina en provecho de procesos de reflexión, diálogo y argumentación. Se utilizan aportes de filósofos y pedagogos como John Dewey, Paulo Freire, Boaventura de Sousa, Platón, Kant, Adela Cortina, Jürgen Habermas y Cristóbal Orrego, entre otros, para mostrar que la filosofía permite cuestionar creencias, analizar argumentos, reconocer falacias y coadyuvar en la toma de decisiones éticas. De igual forma, se critica la creciente tecnificación educativa y se propone una pedagogía crítica que contemple una reflexión desde el sur global que fortalezca la democracia y la ciudadanía activa con miras a una real transformación social.

Palabras clave: pensamiento crítico; filosofía; educación ciudadana; epistemología; enseñanza pública.

Abstract

This article seeks to contribute to the discussion on the role of higher education, and philosophy in particular, in the development of critical thinking among university students. This through a critical review of the opportunities offered by this discipline, taking advantage of processes of reflection, dialogue, and argumentation. It draws on contributions from philosophers and educators such as John Dewey, Paulo Freire, Boaventura de Sousa, Plato, Kant, Adela Cortina, Jürgen Habermas, and Cristóbal Orrego, among others, to show that philosophy allows us to question beliefs, analyze arguments, recognize fallacies, and assist in ethical decision-making. It also critiques the increasing technological development of education and proposes a critical pedagogy that considers reflection from the global south and strengthens democracy and active citizenship aiming toward genuine social transformation.

Keywords: critical thinking; philosophy; civic education; epistemology; public education.

Introducción

Las últimas décadas se han caracterizado por una vertiginosa transformación, principalmente en lo que tiene que ver con la globalización y el acceso a la información. La denominada revolución digital, la eliminación de fronteras en cuanto al acceso generalizado a la información y a gran cantidad de plataformas de comunicación, han marcado indefectiblemente las últimas generaciones.

La historia no ha reportado ningún otro momento en que haya sido tan fácil la difusión de ideas, noticias u opiniones, sin embargo, esto ha traído aparejado un creciente desconcierto de la población por la ausencia de criterios claros para discernir lo verdadero de lo falso y lo ético de lo inaceptable. Desde esta perspectiva, la sociedad está avanzando ya no en medio de una crisis de la información, sino del pensamiento, jalonada por polarizaciones ideológicas, políticas y religiosas, que han construido discursos dogmáticos de toda índole, cuyo contrapeso no es otro que una respuesta educativa sistémica y crítica.

A partir de lo anterior, se plantea la necesidad de revisar cuál es el papel que tiene la educación superior, en particular la filosofía, en la formación del pensamiento crítico de las personas estudiantes, como contribución ante una sociedad compleja que privilegia el inmediatismo, el beneficio individual y la volatilidad de los vínculos humanos.

La educación superior pública, particularmente en Costa Rica, aspira a ser la oferente no solo de una profesionalización de calidad, sino de una formación ciudadana que se enrumbe hacia la convivencia democrática y pluralista, a través de herramientas dialógicas que contemplen la alteridad como horizonte de acción. La vocación de universalidad y la visión humanista del mundo que don Rodrigo Facio le había inspirado a la Universidad de Costa Rica en su discurso con ocasión del acto de clausura del ciclo lectivo (UCR, 1954) le exigen un papel mucho más activo en la formación de una conciencia informada en la ciudadanía.

Así, el pensamiento crítico se configura como una herramienta privilegiada para analizar presupuestos, cuestionar ideas y examinar la validez de los posibles modos de acción. Dicho ejercicio se construye a partir de hechos observados en el entorno físico o social y a partir de ellos, establecer juicios que posibiliten una mejor toma de decisiones y comprensión del mundo. Como lo plantea Dewey los “datos (hechos) e ideas (sugerencias, soluciones

posibles) constituyen los dos factores indispensables y correlativos de toda actividad reflexiva” (2007, p. 115).

Este juicio reflexivo sobre la realidad es una de las principales competencias que se espera de todo ciudadano, pues, más allá de las habilidades académicas o aquellas orientadas a la práctica profesional, este se constituye no como una herramienta que se puede usar y almacenar, sino como una actitud fundamental en la toma de decisiones, ya sean estas personales, profesionales o aquellas relacionadas con su convivencia social. El desarrollo de esta conciencia ciudadana presupone la observación detenida de la realidad, la curiosidad y la no conformidad con lo dado, el reconocimiento de argumentos falaces y la construcción de posturas con fundamento racional en los temas que conciernen a la sociedad.

Lo anterior podría llevar a la conclusión apresurada de creer que el análisis racional es una facultad humana espontánea o, a lo sumo, el resultado de un proceso de traspaso de información por parte del docente hacia la persona estudiante, relación a la que Freire había denominado una visión bancaria de la educación (2005, p. 79); sin embargo, coadyuvar con una cosmovisión más amplia por parte del estudiantado requiere de una formación sistemática y gradual pero sostenida, en la que se le exponga a cuestionamientos constantes y pueda adquirir herramientas que le permitan, a su vez, cuestionar sus contextos, para alejarse de las posturas irracionales y comportamientos instrumentales dentro de la sociedad.

El pensamiento crítico, así entendido, se configura como un proceso en el que se asume, con conciencia, la libertad que tiene el ser humano. Ya esto lo había augurado el pensador alemán Immanuel Kant cuando, en uno de sus escritos denominado “¿Qué es la Ilustración?”, sostenía que la falta de criticidad no se da por falta de inteligencia humana, sino por falta de valor y de decisión (2017), por ello, lo que se requiere es del atrevimiento humano.

Es acá donde la práctica de la filosofía, más que su enseñanza (García, 2019), asume un puesto fundamental dentro de la dinámica humana y profesional, al agudizar las herramientas para pensar con rigor y animar a atreverse a utilizarlas en un contexto mecanizado e inmediatista. Dicha práctica filosófica, construida sobre el desconcierto y la pregunta (Platón, 1871), sobre la argumentación y el análisis (Aristóteles, 1994) y sobre el diálogo como acción que compromete a los involucrados (Habermas, 1998; Cortina, 2009), se ofrece al

estudiantado como insumo para que puedan examinar sus decisiones y construir una cosmovisión autónoma, activa y comprometida.

La Filosofía como praxis

El estudio de la filosofía, particularmente en el caso del Curso Integrado de Humanidades pone en contacto a la población estudiantil con una extensa tradición de pensamiento que abarca desde los presocráticos, pasando por los filósofos medievales y los modernos, hasta los contemporáneos; sin embargo, dicho recorrido, busca desarrollar en el estudiantado las capacidades necesarias para aumentar su autonomía, creatividad y capacidad de identificar y resistir la manipulación, frente a un sistema que le ofrece información falsa o al menos poco clara, a manera de sombras proyectadas por el fuego (Platón, 1988).

El ejercicio académico que se pretende en este tipo de cursos puede ofrecer a la juventud, proveniente de diversos contextos sociales y culturales, una oportunidad de generar y utilizar el pensamiento crítico y humanista. Siguiendo este razonamiento, el enfoque filosófico busca que la población estudiantil alcance la autonomía de pensamiento y de acción, mediante la exposición a diferentes planteamientos ideológicos y la invitación a posicionarse personalmente con respecto a ellos. Por otro lado, los contenidos generales, así como la propuesta metodológica, procuran la democratización del conocimiento con el fin de promover la participación del estudiantado, al permitir igualar las condiciones desde las cuales se razona y dialoga, mediante una especie de laboratorio social controlado (Cambronero, 2023).

Por lo anterior, aunque en algunos entornos educativos con un enfoque inmediatista se les ha otorgado primacía a los contenidos asociados tradicionalmente a la utilidad mercantil, la filosofía se configura como un saber esencial para la formación ciudadana, que toda institución de educación superior debería garantizar en aras del bienestar de la sociedad. Su papel, por tanto, no es decorativo y menos aún, el de ser una disciplina reservada a especialistas, sino que constituye una mirada particular sobre el mundo, que promueve el pensamiento crítico y la transformación de su entorno.

Todas estas capacidades tienen relación directa con las artes y las humanidades, pues son estas disciplinas las que por su propia naturaleza libre, abierta y polisémica, abierta a la subjetividad y la intersubjetividad, propician el desarrollo de la imaginación creadora, del sano escepticismo que genera las preguntas críticas, de la visión de lo humano como algo que trasciende fronteras, culturas y países, del desarrollo de la inteligencia emocional necesaria para comprender a los demás de manera empática. (López, 2016, p. 11).

Ante desafíos emergentes cada vez más complejos, como pueden ser el cambio climático, las desigualdades sociales crecientes, la naturalización de las injusticias, el autoritarismo como posibilidad en la gestión pública o privada o el colapso de la verdad en la era digital, se hace cada vez más importante el cultivo de las capacidades para pensar de forma crítica y lograr un posicionamiento ciudadano fundado en argumentos.

Lo anterior constituye un momento propicio para el ejercicio filosófico, pues juega un papel decisivo para el desarrollo del pensamiento crítico y su aplicación en los diferentes ámbitos humanos. Desde sus orígenes, marcados por el concepto mismo de filosofía, la razón crítica se ha orientado a la búsqueda del conocimiento, así como a un análisis detallado de la realidad.

Uno de los pilares del pensamiento occidental lo constituye justamente Sócrates, principal representante de la filosofía de la antigua Grecia y que se configuró como uno de los paradigmas filosóficos incluso de la actualidad. En el relato del juicio en el que estaba en juego su vida y en el uso de la palabra ante los jueces que le acusaban, remarcó la importancia de la introspección y la reflexión crítica por parte de todo ciudadano, y reafirmó incluso que una vida que no se encuentre sujeta al análisis o examen termina siendo intrascendente (Platón, 2016).

Esta llamada de atención que Sócrates en su momento les dirigió a quienes lo habían condenado sigue siendo una señal que trasciende la historia, pues muestra la necesidad de cuestionar constantemente las creencias y las acciones que cada individuo construye en el proceso de alcanzar una vida plena y significativa.

De la misma manera, en el ámbito universitario, la filosofía proporciona a la población estudiantil el insumo necesario para coadyuvar en la construcción de una actitud crítica frente al conocimiento existente y la sociedad en la que se inserta, mediante ejercicios intelectuales de cuestionamiento constante y análisis riguroso de los fenómenos actuales.

La filosofía entonces le permite a la población estudiantil no solo acceder a información histórica, valiosa en sí misma en cuanto a las reflexiones humanas de agudeza notable que se han gestado, sino también a comprenderla, juzgarla y utilizarla de forma ética y responsable en los espacios sociales y profesionales en los que deban desempeñarse. Este pensamiento reflexivo y crítico tiene como repercusión “la de transformar una situación en la que se experimenta oscuridad, duda, conflicto o algún tipo de perturbación, en una situación clara, coherente, estable y armoniosa” (Dewey, 2007, p. 111).

Así, se ha resaltado el papel fundamental, aunque no exclusivo, de la educación en la generación de pensamiento crítico, el cual busca crear un entorno propicio para la población estudiantil, que promueva la curiosidad, la experimentación y las conexiones argumentativas necesarias, antes de llegar a conclusiones (Dewey, 2007).

A partir de lo anterior, dentro del proceso de enseñanza-aprendizaje se ha remarcado el protagonismo de la persona docente, pues:

... la corresponsabilidad inmediata de generar y recrear pensamiento crítico en estudiantes recae sobre el docente, que deberá aplicar estrategias didácticas adecuadas, uso de habilidades acompañadas de pedagogías críticas y poseer un buen estereotipo de perfil docente capaz de producir modelaje (Sánchez-Miranda *et al.*, 2023, p. 76).

Se trata de crear las condiciones que dispongan y promuevan diferentes perspectivas antes de llegar a juicios definitivos, lo cual resulta fundamental en momentos en los que la abundancia de información se encuentra disponible para todos los individuos, pero mezclada con datos poco certeros o incluso falsos.

Desde una perspectiva más general, la reflexión y puesta en práctica del pensamiento filosófico desempeña un papel importante en la construcción de paradigmas sociales que

promuevan formas de organización más justas, inclusivas y tolerantes pues, al fomentar el pensamiento crítico, los protagonistas del proceso educativo cuentan en su haber con herramientas para cuestionar las estructuras de poder y proponer cauces de acción ante los emergentes retos sociales que plantea la contemporaneidad y sus facetas.

Además, al otorgar un trasfondo lógico a las argumentaciones, alejándose de meras especulaciones u opiniones populistas, la filosofía permite avanzar hacia razonamientos mejor enlazados. Es posible entonces identificar y aprender a utilizar los principios lógicos para el análisis, tanto de los argumentos propios como los de terceros, mediante el reconocimiento de su validez, identificación de falacias, evaluación de premisas y llegar a conclusiones válidas utilizando razonamientos comprensibles (Camacho, 2002).

La aplicación de esta lógica, llamada usualmente “formal”, le permite a la población estudiantil desarrollar una capacidad mejorada para reconocer y construir argumentos sólidos, a partir de enunciados válidos que sirvan como base para la formulación de una conclusión lógica dentro de un argumento. Como lo indica Orrego, “la lógica es útil en tan alta medida porque no solo conoce el orden natural de la inteligencia humana, sino que también introduce orden mental en quien la estudia” (2020, p. 102). Este orden mental es esencial en el pensamiento crítico, ya que posibilita el examen sobre la validez de los argumentos que se esgrimen en los diferentes contextos, así como tomar decisiones informadas a partir de evidencias sólidas.

Pensamiento crítico y transformación

Otra de las contribuciones de la filosofía a la forja del pensamiento crítico es su perspectiva relacionada con la conveniencia o inconveniencia de los comportamientos sociales que se van aceptando o rechazando. La filosofía, enfocada entonces en la moral, permite una reflexión sistemática y pluralista sobre diversos dilemas cotidianos, lo cual promueve la capacidad de tomar decisiones éticamente fundamentadas que consideren siempre las implicaciones asociadas. Dada su naturaleza, el enfoque ético es uno de los más prácticos dentro de toda la reflexión filosófica, pues su objeto de estudio es una facultad que todos los seres humanos ejercitan cotidianamente: su comportamiento.

Así, se han considerado diferentes teorías éticas que consideran como fin y fundamento último de las acciones humanas, por ejemplo, el placer (hedonismo), el análisis costo-beneficio y con ello la búsqueda del bienestar (utilitarismo), los principios universales obtenidos por la razón (deontologismo), la búsqueda del equilibrio entre dos extremos viciosos opuestos (ética de la virtud) o la búsqueda de una antropología clara que valore a la persona humana (ética personalista). Dichas teorías, desde diferentes perspectivas, intentan fundamentar las acciones humanas, proponer principios de acción y desarrollar una comprensión más amplia de los contextos e individuos implicados, todo con miras a una toma de decisiones mejor informadas y éticamente justificadas.

De igual manera, la filosofía posibilita al estudiantado reflexionar sobre la naturaleza misma del conocimiento y, con ello, cuestionar sus creencias y supuestos, considerar las evidencias que le sostienen, así como los fundamentos generales de sus afirmaciones. Esta situación le permite develar las diferencias entre las posiciones fundamentadas y aquellas únicamente basadas en la mera opinión.

Lo anterior está en estrecha congruencia con la ya conocida distinción platónica entre *doxa* (opinión) y *episteme* (conocimiento) (1988), base del pensamiento crítico que permite al individuo reconocer los límites de su conocimiento para dejar abierta la posibilidad de mejora en cuanto a su posicionamiento epistemológico. Esto contribuye a que la población estudiantil desarrolle una actitud abierta y crítica en torno al conjunto de ideas, propias y ajenas, evitando caer en sesgos cognitivos y conclusiones apresuradas.

El proceso de aprendizaje en filosofía implica, dentro de este contexto, una exposición de un amplio espectro de pensadores y corrientes de pensamiento que pretende ayudar a comprender y apreciar las diversas perspectivas y concepciones de mundo que han sido exploradas en diferentes épocas de la historia. Este ejercicio invita a cuestionar las propias suposiciones, al confrontarlas con diversas perspectivas no exentas de cuestionamientos, pero sí representantes de puntos de vista divergentes, lo cual permite la modelación y apertura de pensamiento y ayuda a generar debates y discusiones racionales y fundamentadas.

El estudiantado de la Universidad de Costa Rica, podrá acceder entonces a una comprensión más profunda de las preguntas fundamentales de la realidad humana, como lo es el sentido

de la vida, la naturaleza de la verdad y la validez del cambio o la permanencia; así como el papel y límites de la identidad personal, y la libertad y la vida en sociedad. Todo ello apoyado por las perspectivas filosóficas que le facilitan la evaluación de los argumentos, una visión de mundo más completa y una mejor apreciación de la diversidad y complejidad humanas.

El desarrollo del pensamiento es una virtud diferenciadora del ser humano, que permite el análisis de situaciones que enfrenta en la cotidianidad social y cultural, ésta puede ser estimulada e impulsada por factores externos a objeto de reconfigurar un mayor despliegue mental en el análisis, aquí es donde entra el aprendizaje en todos los niveles educativos –sobre todo– el impartido en las universidades (Sánchez-Miranda *et al.*, 2023, p. 72).

Precisando aún más, a las universidades, principalmente aquellas con vocación pública, se les ha confiado la responsabilidad de ser soporte para el desarrollo de la cultura, y se han erigido como la punta de lanza de la sociedad para avanzar en la construcción del pensamiento. Más que responder a las demandas inmediatistas del mercado, han desempeñado un rol esencial en la movilización y transformación social. Como lo expresa Rojas, “la responsabilidad cultural solo la puede asumir la educación pública que forma para el espacio social común y no solo para el lugar donde se negocian los intereses privados” (2009, p. 19).

Desde esta perspectiva, la crítica que Marx le dirigió a los filósofos en la primavera de 1845 parece haber perdido potencia, pues sostenía que los filósofos habían interpretado el mundo de muchas maneras, pero que lo importante era transformarlo (Marx, 1988/2010).

Más allá de su función técnica y profesionalizante, la educación superior, en general, y la formación filosófica, en particular, han desempeñado un rol clave en la construcción de la ciudadanía, la cual no debería reducirse a un rol honorífico o a la posibilidad de ejercer derechos políticos, sino que contempla también el desarrollo de la capacidad crítica para analizar, cuestionar, argumentar, proponer y transformar el ámbito social en que cada individuo se inserta.

La sociedad se construye entonces a partir de la urgencia de sus miembros de construir y alimentar una identidad común y, con ella, un conjunto de rasgos comportamentales que les

guíen a responder conjuntamente a los retos que se les plantean a todos (Cortina, 2009). De esta manera, la reflexión filosófica ha resurgido como un modo de ver y entender el mundo, que fortalece el pensamiento reflexivo, autónomo y éticamente comprometido con la sociedad, para generar condiciones de vida más humanas.

En ámbitos caracterizados por profundas desigualdades socioeconómicas, estructuras de poder excluyentes y violaciones a los derechos humanos casi naturalizadas, el pensamiento crítico se ha convertido en una demanda social irrenunciable por parte de los futuros profesionales. No se trata de un lujo académico o una facultad para lucir delante de públicos académicos, sino de una necesidad social imperante que requiere de formación concienzuda y sistemática. Tal como lo expresan Sánchez-Miranda, Gutiérrez, Dávalos-Almeyda y Urbina *et al.*:

Por ello, el pensamiento crítico en la teoría educativa contemporánea, es confrontador, emancipador y adjuntado a ideologías específicas, sin embargo, independientemente la universidad debe ser la proponente de formar un individuo pensante en base a teoría y pedagogía crítica, que confronte la realidad –sea cual fuere– para encontrar una valoración sobre formas de razonamiento (2023, p. 74).

El ingreso a las universidades públicas, si bien estadísticamente ha experimentado una mejoría en los últimos 19 años (35% de asistencia entre personas entre 18 y 24 años según el Informe Estado de la Educación de 2025), sigue presentando limitaciones importantes en cuanto a su cobertura. A pesar de ello, dado su impacto se ha convertido en una plataforma privilegiada para formar ciudadanos capaces de entender el sistema, cuestionarlo, adaptarlo a los nuevos retos que plantea la sociedad contemporánea y proponer alternativas éticas y sostenibles para su mejoramiento.

A partir de esta perspectiva es urgente que la educación superior promueva una cultura de análisis, diálogo y razonamiento profundo. Esta mirada es la que logrará romper con la noción, lamentable pero extendida, de que la educación es una cuestión meramente instrumental, al plantear la urgencia de rescatar el proceso universitario como un espacio de disputa y de construcción colectiva de conocimiento.

Esta transformación social por medio de la educación, llamada pedagogía crítica, fue propuesta originalmente por el educador brasileño Paulo Freire, y se erige a partir de un presupuesto que vale la pena rescatar, la transformación de la sociedad se encuentra en relación directa con el cambio que puede ejecutar el individuo, y ello depende en exclusiva de su acción y reflexión.

La realidad social, objetiva, que no existe por casualidad como el producto de la acción de los hombres, tampoco se transforma por casualidad. Si los hombres son los productores de esta realidad y si ésta, en la “inversión de la praxis”, se vuelve sobre ellos y los condiciona, transformar la realidad opresora es tarea histórica, es la tarea de los hombres (Freire, 2005, p. 50).

Lo anterior muestra el poder transformador que tiene la filosofía y, en particular, su aporte a la creación de pensamiento crítico. Se trata de un acto humano que busca un posicionamiento ético particular por parte del estudiantado que le haga transitar de un posible estado de sujetos pasivos a ser actores de cambio social.

Además, los contenidos filosóficos desarrollados en las aulas universitarias están traspasados por una disposición vital: la duda. “Hacer preguntas es fundamental para la educación en general, porque a través de ella se resuelven problemas, se fortalece la razón, se practica la creatividad y se profundiza la comprensión” (Castillo, 2024, p. 3). La curiosidad y el asombro posterior son el germen del conocimiento, y dicha curiosidad es de alguna manera una pregunta detonante en el contexto de una serie de facultades humanas que transforman al individuo y su entorno. Enseñando a formular preguntas, el estudiantado tiene la posibilidad de resistir ante las respuestas fáciles y avanzar en la exploración de la complejidad del ser humano.

Freire (2013) temía que la enseñanza estuviera plagada de respuestas ya elaboradas, pero no tanto de preguntas por gestar. Comenta que, “Si se establecen las respuestas, el saber queda limitado a eso, ya está dado, es un absoluto, no da lugar a la curiosidad ni propone elementos a descubrir. Ya está hecho: esta es la enseñanza actual” (p. 70), y más adelante propone una sensibilidad particular que se revela con la acción de promover las preguntas, la de considerar

al otro como un ser humano digno y respetable. Reprimir una pregunta es empezar a obviar las relaciones sociales y evitar la confrontación con otros seres humanos autónomos.

Siguiendo con esta idea, el ejercicio de preguntar es esencial en la vida democrática pues, para su correcto funcionamiento, es vital que los individuos sean capaces de identificar y confrontar los discursos autoritarios, avanzando más allá de los prejuicios y defendiendo los mínimos éticos fundamentales para la vida en sociedad (Cortina, 1997), tales como la libertad, la igualdad, el respeto activo, la solidaridad y el diálogo.

La procedencia de la población estudiantil y sus diferentes expresiones culturales son factores importantes en las universidades públicas, las cuales generan un ambiente de profunda diversidad, tanto social como étnica y cultural. La filosofía juega allí un papel fundamental en la llamada al respeto activo frente a los otros individuos, el reconocimiento y valoración de las diferencias y la apertura de canales viables de diálogo. El pensamiento filosófico invita a comprender que no existe una única cosmovisión y que las diferencias no solo son existentes y tolerables sino, y con más tino, que deben ser promovidas e integradas.

Con relación a esto, sale a relucir la reflexión en torno a diversos países que han sido sistemáticamente marginados de las decisiones o que han enfrentado desigualdades históricas debido a los procesos generadores de inequidades sociales y económicas. Estas relaciones desiguales de poder han dado pie a una reflexión desde el llamado sur global, que ha surgido como ocasión para cuestionar los marcos hegemónicos del saber. Frente a la lógica imperante que tiende a la fragmentación y la individualidad, surge la necesidad de volver la mirada a una visión holística relacional y comunitaria del mundo. Más que pensar en nuevos contenidos, esta perspectiva invita a una nueva manera de pensar; como lo afirma De Sousa, “no necesitamos alternativas; necesitamos más bien un pensamiento alternativo de las alternativas” (2021, p. 121).

Por medio del diálogo intercultural no solo se logra un enriquecimiento del proceso de enseñanza y construcción del pensamiento crítico, sino que también se generan propuestas pedagógicas más apropiadas para su aplicación a las realidades locales. Por lo anterior, se plantea un reto emergente para las universidades, con el fin de proponer modelos adaptados a las realidades locales o, mejor aún, de generar modelos pedagógicos a partir de las

realidades locales, mediante la promoción de espacios de reflexión que expliciten la visión de mundo de los pueblos, los movimientos de resistencia comunitaria y los desafíos que enfrentan.

En este contexto es donde se aprecia que el afán filosófico no se agota en el aula, sino que su alcance pasa de ahí al campus universitario como escenario de debate y luego, necesariamente a la sociedad como territorio de intervención, mediante las diversas herramientas de comunicación que pueden estar disponibles en la actualidad.

Se configura entonces una clara oportunidad para revitalizar el abordaje universitario hacia la construcción del pensamiento crítico de sus estudiantes, mediante la promoción y práctica de herramientas filosóficas. Una creciente demanda de los movimientos estudiantiles por cuestionar el orden establecido y las posiciones dogmáticas, así como las metodologías de enseñanza tradicionales, son el claro ejemplo de un atrevimiento para pensar, y de una puerta abierta para abordar críticamente la multiplicidad de temas sociales que están sobre la mesa.

El cambio climático, el feminismo, la globalización o la justicia, desde una óptica filosófica, son fenómenos enraizados en la sociedad más que en la teoría, razón por la cual se ha abandonado la idea de que el conocimiento es políticamente neutral pues genera espacios de emancipación por medio del despertar de la conciencia crítica.

La conmemoración a que invita este número académico nos recuerda que razonar no es un ejercicio estéril, sino un atrevimiento humano con un objetivo claro, la transformación de las estructuras humanas existentes.

Palabras finales

La Universidad de Costa Rica en su larga relación con la sociedad costarricense, se ha consolidado como un enlace que denota durabilidad y compromiso sólido, y continúa siendo la “conciencia lúcida de la Patria” (Fernández, 2015, p. 1), como lo había acuñado en su frase el exrector de esta institución en 1967. Los retos que en aquel momento enfrentaba la patria, se han transformado ahora en múltiples formas y se han ampliado a diversas dimensiones humanas que requieren de nuevas miradas y abordajes.

Algunos de esos desafíos sociales han mantenido su esencia, tales como la discriminación, las relaciones desiguales, los conflictos armados, la vigilancia masiva y la negación de la individualidad, la violencia frente a poblaciones invisibilizadas, la manipulación de masas o las migraciones forzadas, y se han vestido de ropajes diferentes o han mutado su opresión a partir de las nuevas estructuras de poder. Algunos otros se han configurado como temas emergentes que marcan nuevas fronteras, como el alcance y manejo de la información digital, las nuevas formas de conocimiento o la difuminación de lo real mediante la distorsión deliberada de los hechos por el desbordamiento de la información.

Ante este escenario, tan antiguo como actual, la educación superior tiene la responsabilidad crucial de formar ciudadanos capaces de pensar críticamente y de actuar de forma ética y reflexiva.

Como se apreció líneas atrás, el ejercicio filosófico en el contexto de la educación superior cuenta con un renovado protagonismo para el desarrollo del pensamiento crítico, así como para coadyuvar en la construcción de herramientas para enfrentar los desafíos políticos, sociales y éticos de nuestro tiempo.

Aunque el ser humano cuenta con facultades racionales compartidas, el pensamiento crítico no constituye una habilidad natural, por lo que requiere de una formación sistemática que vaya más allá del conocimiento teórico y que se refleje en la profundidad de cuestionamiento, análisis y aplicación en su accionar cotidiano.

Se ha intentado proponer que el ejercicio filosófico otorga al estudiantado, no solo una actitud reflexiva para sopesar los argumentos propios y ajenos, sino también el espacio para la identificación de argumentos falaces, las implicaciones éticas de sus acciones u omisiones, así como el reconocimiento de los límites de su propio conocimiento. Al lado de lo anterior, la forja del pensamiento crítico favorece la comprensión de las desigualdades sociales, las estructuras de poder y la desnaturalización de las injusticias que afectan a la sociedad.

Este proceso de formación en el pensamiento crítico no ha estado libre de obstáculos, pues la creciente demanda por una educación técnica, inmediatista y orientada únicamente al mercado ha generado competencia a la formación integral del estudiantado, reduciendo con ello la generación de ámbitos para la reflexión y el análisis éticos.

La filosofía, erróneamente, se ha intentado categorizar como un elemento estético en la malla curricular o una mera reflexión teórica reservada para especialistas, sin embargo, constituye un estilo de vida y una perspectiva con gran potencial transformador, que se aglutina en la generación de habilidades y actitudes en los diferentes protagonistas del proceso educativo.

En un momento histórico marcado por la inmediatez, el desbordamiento de información y la presencia de discursos polarizados, la filosofía tiene el potencial de renovar sus herramientas pedagógicas para promover el pensamiento crítico, el diálogo pluralista y la reflexión ética en torno a los fenómenos humanos.

La naturaleza propia de la educación superior pública es la de formar ciudadanos capaces de pensar de forma autónoma, de poner bajo examen los argumentos que se le presentan, de cuestionar las estructuras de poder y de proponer alternativas ante las condiciones de vida menos humanas.

La universidad, en este contexto, se configura como “el producto de la libre actividad de hombres libres y responsables que se dedican a cultivar, a conservar, a transmitir y a acrecentar la libertad” (Leal, 1979, p. 93). De manera que se aprecia que el conocimiento no es neutral, sino que tiene una gran carga transformadora y emancipadora.

La filosofía juega un papel importante al proponer estilos de vida conscientes y alejados de la indiferencia, el conformismo y el apoyo irracional de posturas dogmáticas, mediante la propuesta de una ciudadanía crítica y corresponsable. Su fortalecimiento es requerido, no solo como necesidad académica, sino como una responsabilidad civil y ética. Implementar la formación de la filosofía conlleva asumir el reto de una formación integral para promover seres humanos con pensamiento propio y con capacidad de adaptar éticamente su entorno social.

Para lograr una educación para la democracia, para revertir el ciclo de la decadencia de las civilizaciones, resultan indispensables las artes y las humanidades como disciplinas capaces de liberar todo lo humano y formar en las capacidades indispensables para vivir como seres humanos (López, 2016, p. 16).

La cita anterior remarca una responsabilidad histórica que tienen las universidades, y que excede al ámbito académico. Ellas deben ser espacios democráticos, inclusivos, comprometidos con el debate de ideas y la resistencia cultural. Argumentar con rigor, discernir entre verdad y manipulación, valorar la diversidad y deliberar democráticamente, se ha convertido en una exigencia humana y una aspiración social.

La filosofía entonces no es un saber más, sino el garante de una ciudadanía madura con capacidad de decisión, claridad argumentativa y sentido ético de corresponsabilidad. En una sociedad marcada por la superficialidad, el conformismo y la invisibilización del otro, la filosofía nos recuerda, parafraseando a Sócrates, que hoy más que nunca se requiere de vidas examinadas y comprometidas para lograr transformaciones reales.

.

Referencias

- Aristóteles. (1994). *Metafísica*. Editorial Gredos S.A. (Publicación original aprox. 350 a. C.).
- Camacho, L. (2002). *Introducción a la lógica*. Libro Universitario Regional. https://repositoriotec.tec.ac.cr/bitstream/handle/2238/12443/Introduccion_a_la_logica.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Cambronero, J. (2023). Ética cívica y universidad: más allá de una relación obvia. Algunas pautas para las prácticas docentes. *Revista Estudios*. (Número especial), 1-27. DOI: <https://doi.org/10.15517/re.vi.54313>
- Castillo, B. (2024). La pregunta como Experiencia de Aprendizaje en la virtualidad. *Revista Estudios*. (Número especial) 1-7. DOI: <https://doi.org/10.15517/re.vi.54288>
- Cortina, A. (1997). *El mundo de los valores. Ética y Educación*. Editorial El Búho. <https://filosofia260.wordpress.com/wp-content/uploads/2015/08/adela-cortina-el-mundo-de-los-valores.pdf>
- Cortina, A. (2009). *Ciudadanos del Mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*. Alianza Editorial S.A.
- de Sousa Santos, B., & Vasile, M. P. (2021). *Descolonizar la universidad: el desafío de la justicia cognitiva global*. CLACSO. DOI: <https://doi.org/10.2307/j.ctv2v88cjlw>
- Dewey, J. (2007). *Cómo pensamos. La relación entre pensamiento reflexivo y proceso educativo*. Ediciones Paidós Ibérica S.A. <https://www.facilitadores-alfa.org/wp-content/uploads/2020/10/Como-pensamos.-Jhon-Dewey.pdf>
- Fernández Lobo, M. (2015). La Universidad: conciencia lúcida de la patria. *Revista Educación*, 5(1), 111–112. <https://archivo.revistas.ucr.ac.cr/index.php/educacion/article/view/18652>
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del Oprimido*. (2 ed.). Editores S.A. de C.V. <https://fhcv.wordpress.com/wp-content/uploads/2014/01/freire-pedagogia-del-oprimido.pdf>
- Freire, P; Faundez, A. (2013). *Por una pedagogía de la pregunta: crítica a una educación basada en respuestas a las preguntas existentes*. Siglo Veintiuno Editores. <https://aprendizajesparalelos.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/08/paulo-freire-y-antonio-faundez-por-una-pedagogia-de-la-pregunta.pdf>
- García Morente, M. (2019) *Lecciones Preliminares de Filosofía*. Ediciones Encuentro S.A. https://edicionesencuentro.com/wp-content/uploads/2019/03/lecciones_preliminares_de_filosofia.pdf

- Habermas, J. (1998). *Teoría de la acción comunicativa I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Taurus Humanidades. https://pics.unison.mx/doctorado/wp-content/uploads/2020/05/Teoria-de_la_accion_comunicativa-Habermas-Jurgen.pdf
- Kant, I. (2017). *Filosofía de la Historia*. Traducción Eugenio Ímaz. Fondo de Cultura Económica.
- Leal, F. (1979). *Filosofía política y educación superior*. Editorial Universidad de Costa Rica.
- López, J. (2016). Educación y formación para la democracia desde las aportaciones teóricas de Nussbaum y Morín. *Diálogos sobre Educación*. DOI: <https://doi.org/10.32870/dse.v0i12.260>
- Marx, C; Engels, F. (2010). *Tesis sobre Feuerbach y otros Escritos Filosóficos*. Fundación Editorial el perro y la rana. (Publicación original de 1888). <http://www.cenal.gob.ve/wp-content/uploads/2015/11/Tesis-sobre-Feuerbach.pdf>
- Orrego, C. (2020). *Filosofía: Conceptos Fundamentales. Una Nueva Introducción al Pensamiento Crítico*. Universidad Nacional Autónoma de México y Ediciones Universidad Católica de Chile. <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/13/6166/48a.pdf>
- Platón. (2016). *La Apología de Sócrates*. Imprenta Nacional. https://www.imprentanacional.go.cr/editorialdigital/libros/literatura%20universal/la_apologia_de_socrates_edincr.pdf
- Platón. (1871). *Obras Completas. Teetetes o de la Ciencia*. Edición de Patricio de Azcárate, tomo 3. <https://www.filosofia.org/cla/pla/img/azf03145.pdf>
- Platón. (1988). *República*. Editorial Gredos.
- Programa Estado de la Nación. (2025). *Informe Estado de la Educación 2025*. https://estadonacion.or.cr/wp-content/uploads/2025/08/PEN_Decimo_Informe_estado_educacion_IEE_2025.pdf
- Rojas Mix, M. (2009). La responsabilidad cultural de la Universidad Pública. *Rev. Latinoamericana*48(1), 9-27. <https://www.scielo.org.mx/pdf/latinoam/n48/n48a2.pdf>
- Sánchez-Miranda, N; Gutiérrez, B; Dávalos-Almeyda, M; Urbina, M. (2023). Universidades y Pensamiento Crítico: Una Reflexión en Latinoamérica. Encuentros. *Revista de Ciencias Humanas, Teoría Social y Pensamiento Crítico*. <https://encuentros.unermb.web.ve/index.php/encuentros/article/view/552>
- Universidad de Costa Rica. (1954). *Anales de la Universidad de Costa Rica*. Disponible en: <https://www.rectoria.ucr.ac.cr/site/wp-content/uploads/2014/09/1954.pdf>